



EL CONDE DE GAGES,

*General del ejército español en Italia.*

de Saboya desde que se le dejó la Cerdeña en cambio de la Sicilia) por la mediación de Inglaterra con la corte de Viena; aunque poco antes había celebrado otro con los Borbones. Al mismo tiempo la escuadra inglesa entró en el puerto de Nápoles y obligó al rey Carlos á declararse neutral, amenazándolo con el bombardeo de su capital y señalándole para contestar el término de una hora, humillacion que nunca olvidó aquel monarca, y que influyó mucho en su política durante toda su vida. Montemar privado del auxilio de los napolitanos, que se separaron de su ejército en virtud de esta declaracion de neutralidad, tuvo que retirarse hácia los estados pontificios, y el gobierno de Madrid, en el que habia influencias que no le eran favorables, atribuyéndole el mal éxito de la campaña, le dió orden para entregar el mando al teniente general conde de Gages, y á éste la de atacar á los austriacos dentro de tercero dia, ó dejar el mando al jefe inmediato. Gages cumplió esta orden estrecha con tanta inteligencia como valor (3 de Febrero de 1734. Hizo mover sus tropas, acantonadas en las inmediaciones de Bolonia, con el mayor silencio, y para ocultar su salida de aquella ciudad, dió un baile en la noche en que la verificó, haciendo una marcha rápida para sorprender á los austriacos acampados en las inmediaciones de Parma, en las riberas del Pánaro. Sin embargo, encontró prevenido al mariscal Traun que los mandaba; pero aunque engañado en su espe-

ranza, no dudó empeñar la acción, que comenzada á las cuatro de la tarde, duró hasta muy entrada la noche con la claridad de la luna. Los españoles se atribuyeron la victoria por haber pasado la noche en el campo de batalla: los austriacos, porque habiéndose retirado los españoles el día siguiente, fueron siguiendo su retaguardia. Esta fué la batalla de Campo Santo, célebre en aquellos tiempos, en que tanto se distinguieron las tropas españolas, especialmente los cuerpos de la casa real. La pérdida fué grande por una y otra parte, y Gages mandó á Madrid ocho estandartes y una bandera tomados al enemigo: el empleo de capitán general que se le dió, fué el premio de esta acción.

El norte de Italia, en donde habia otro ejército español á las órdenes del marqués de la Mina, en el que se hallaba el infante D. Felipe era el teatro de las operaciones principales de la guerra. La Inglaterra y María Teresa celebraron en Worms un tratado de alianza, y se comprometieron á ceder la última varios territorios de la Lombardía al rey de Cerdeña y mantener treinta mil hombres á que se unirían cuarenta mil que levantaría este mediante un subsidio mensual que pagaría la Inglaterra. En el sur los austriacos, habiendo recibido refuerzos á las órdenes del príncipe Lobkowitz, obligaron á los españoles á retirarse hácia el reino de Nápoles: Carlos con este motivo, y pretextando que los austriacos excitaban á

sus súbditos á la rebelión, rompió el armisticio y salió á la defensa de sus fronteras. Los dos ejércitos acamparon á la vista uno de otro en las inmediaciones de Veletri en los estados pontificios, muy cerca de Roma, y el general austriaco dispuso una sorpresa para cojer á Carlos en la casa en que estaba alojado, lo que estuvo tan cerca de conseguir, que aquel monarca no pudo ponerse en salvo sino escapando de la cama casi desnudo por la ventana, lo que atribuyó á milagro. El no haber llegado á tiempo la segunda columna austriaca que debia sostener á la primera, dió lugar á los españoles para ocurrir á la defensa, y los austriacos fueron rechazados habiendo tenido mucha pérdida. Ambos ejércitos comenzaron á resentir los efectos del clima ardiente y de las exhalaciones de las lagunas inmediatas á Roma, y experimentaron muchas enfermedades. El general austriaco resolvió retirarse, pero el activo Gages previno sus movimientos, y por muy corta diferencia de tiempo habria logrado su intento de cortarle el paso, pues las columnas españolas se comenzaron á descubrir cuando los austriacos entraban en Perugia, que era el punto á donde se dirijian.

Miéntas la guerra se hacia con tanta actividad en Italia, los ingleses atacaban con no menor empeño las posesiones españolas en América. El comodoro Anson fué destinado con una escuadra al mar del Sur, cuyas costas hostilizó, y habiéndose dirijido á las is-

las Filipinas, tomó la nao de China "Nuestra Señora de Covadonga" que volvía á ellas con un rico cargamento. En el mar del Norte otra escuadra mucho mas fuerte, mandada por el almirante Vernon, que llevaba á su bordo un ejército á las órdenes del general Wentworth, atacó á Cartagena que fué valientemente defendida por el virey de Santa Fé D. Sebastian de Eslava y por el jefe de escuadra D. Blas de Leso, con una corta fuerza de tropa de linea, milicias é indios. Los ingleses se vieron obligados á abandonar la empresa, habiendo perdido en ella nueve mil hombres, por efecto principalmente de las enfermedades propias del clima. El ataque que intentaron despues contra la Isla de Cuba fué igualmente desgraciado, y sin haber hecho otra cosa que salir á tierra en las inmediaciones de Santiago, tuvieron que reembarcarse, abandonando por entónces todo intento contra las posesiones españolas. El gobierno de España habia tomado medidas convenientes para protegerlas, pues luego que se tuvo conocimiento de la expedicion de Anson al mar del Sur, se destinó á seguirla y á impedirle entrar en aquel mar, una escuadra mandada por D. José Pizarro, que se hizo á la vela á principios de 1742, pero detenida por los vientos contrarios, no pudo doblar oportunamente el Cabo de Hornos, como lo habia conseguido Anson, aunque combatido por los mismos vientos. Unidas despues las fuerzas marítimas de Francia y España, el poder

de la Inglaterra quedó balanceado, y las escuadras y flotas llegaban á los puertos de España desde la América con seguridad.

La nueva campaña de Italia se hizo de una manera decisiva. Gages, atravesando los Apeninos con una marcha atrevida y venciendo obstáculos que parecian insuperables, operó su reunion en Alejandría, en las llanuras de Lombardía, con el ejército español y francés que condujo de Provenza el infante D. Felipe, que tomó el título de generalísimo. Las fuerzas reunidas de ambas naciones ascendian á sesenta y dos mil hombres: Gages mandaba á los españoles, y el mariscal de Maillebois á los franceses. Nada pudo detener á un ejército tan poderoso, y bien presto D. Felipe tuvo la satisfaccion de hacer su entrada triunfante en Milan. A estas prosperidades siguieron reverses no ménos grandes. María Teresa, que se llamaba ya la emperatriz reina, salvada por la fidelidad de la nobleza húngara del peligro en que la habia puesto la conjuracion de casi todas las potencias de la Europa contra su trono, habia hecho la paz con la Prusia perdiendo en ella la Silesia; pero libre de cuidados por aquel lado, habia podido destinar mayor número de tropas á la Italia. La Francia comenzó á tratar de paz, no obstante la oposicion de la reina de España, con lo que las operaciones, de los ejércitos combinados de las dos naciones se hacian sin la buena inteligencia y energía necesarias. Las posiciones

avanzadas que habian ocupado fueron abandonadas sucesivamente, y Gages, que en todas estas operaciones se manifestó siempre un gran general, así como las tropas que mandaba sostuvieron siempre su reputacion, fué rechazado con gran pérdida, en el ataque que las fuerzas combinadas dieron á los imperiales en las inmediaciones de Placencia.

Estos reveses prepararon el ánimo de Felipe y de la reina su esposa para ceder de sus pretensiones en Italia, no insistiendo en la posesion de Milan; pero Felipe no vivió bastante tiempo para ver el fin de la negociacion que sobre estas bases se habia comenzado. Entregado á una apática indolencia, efecto de una enfermedad de melancolía, pasaba su vida en la cama, no levantándose mas que algun rato de noche, sin afeitarse á veces durante muchos meses, y presentando así en su persona el contraste mas notable de la debilidad humana con toda la pompa del trono, terminó sus dias el nueve de Junio de 1746 en el palacio del Buen Retiro, en Madrid, por un ataque apoplético, sin haber alcanzado ninguno de los auxilios de la religion ni de la medicina, á los 63 años de edad y 46 de reinado: sepultósele en la iglesia Colegiata del Real Sitio de San Ildefonso, que habia sido el lugar en que residia de preferencia. En el testamento que tenia hecho, dejó á la reina, ademas de varios legados considerables y el palacio de San Ildefonso, una asignacion anual de setenta mil pesos, quedando á su ar-

bitrio la ciudad de España en que quisiese vivir. Confirmó nuevamente el modo de sucesion al trono, establecido en 1714, y renovó todas las disposiciones que habia dictado cuando renunció la corona, adaptándolas á las circunstancias.

Aunque el carácter de Felipe fuese apático, demasiado sumiso á la voluntad de sus esposas, y á veces tenaz y caprichudo, era hombre de rectas intenciones, fiel observador de los deberes religiosos, sabia apreciar el valor militar de que él mismo dió señaladas pruebas, y deseaba sinceramente el bien de sus vasallos. Su reinado produjo una variacion notable en el gobierno del estado, y aquella nacion que en el de su predecesor parecia exhausta y aniquilada, y de cuya suerte disponian á su arbitrio todas las demas; saliendo apenas de la guerra de sucesion, se presentó con nuevo vigor y lozanía, poniendo en movimiento por los resortes de su política á toda la Europa, recobrando á mano armada las posesiones que habia perdido en Italia, castigando los insultos que habia sufrido en la costa de Africa, y amenazando á la Inglaterra dentro de las mismas islas británicas. Todo esto fué obra de un hábil ministro, Alberoni, que conoció bien de lo que era capaz la nacion, y que puso con acierto en ejercicio cuanto era conveniente, para dar impulso á su prosperidad. Sin pretender recomendar los principios de su política exterior, en lo que no obró por sus propias ideas, sino siguiendo las disposiciones de

Felipe, aunque éste despues de su caída, lo acusó de haberle ocultado la verdad, y arrojádose sin su órden á todos los pasos que lo comprometieron con todas las potencias de la Europa; en todo lo relativo al gobierno interior del reino, se le ve proceder con la mayor inteligencia. Alberoni destruyó el comercio de contrabando que se hacia por la frontera, abusando de los privilegios que gozaba el señorío de Vizcaya; reformó el arancel de aduanas; facilitó la circulacion interior; suprimió las contribuciones que impedian los progresos de la agricultura, substituyéndoles otras ménos onerosas; fomentó el comercio exterior, dando fácil salida á los productos del territorio español, y sacando mayor aprovechamiento de los de las colonias. Sus esfuerzos se dirijieron especialmente al fomento de la industria: planteó en Guadalajara una fábrica de paños, cuya direccion se encargó al baron de Riperdá, siendo este el principio de su carrera en España, y luego que los artículos manufacturados en este y otros establecimientos, fueron bastantes en cantidad y calidad, dió órden para que en el vestuario y equipo del ejército, no se usasen efectos que no fuesen de fábrica española: para introducir la fabricacion de tejidos finos de lino, hizo conducir á España un gran número de familias holandesas: trató de establecer una fábrica de cristales, y dispuso que se imprimiesen en España los misales, breviarios y otros libros necesarios para el culto, que hasta entónces se habian llevado de Amberes.

En cuanto á los medios necesarios para la defensa y esplendor de la nacion, la marina y el ejército, obtuvieron el cuidado mas especial de Alberoni. Quiso hacer de Cádiz uno de los primeros puertos de Europa, y tanto en él como en el del Ferrol, estableció arsenales, almacenes y todo lo necesario para la construccion de buques. Durante su corto y tempestuoso ministerio, se botaron á la agua catorce navios de guerra, y cuando se verificó su caída, estaban otros tantos á punto de acabarse. Fué el fundador de la escuela de guardias marinas de Cádiz, en la que se instruian quinientos jóvenes, para sacar de ellos oficiales útiles para el servicio de mar.

Para todo esto habia sido necesario comenzar por el arreglo de la hacienda y del ejército, que fué debido á Mr. Orri, enviado por Luis XIV con este encargo. Era Orri, hombre de extensos conocimientos en este ramo, y de mucha firmeza de carácter, de la que tuvo gran necesidad, para superar la oposicion que hicieron á las reformas que intentó, todos los interesados en sostener los abusos introducidos en los últimos años del gobierno de los príncipes austriacos. Orri puso en administracion todos los ramos que estaban en arrendamiento; suprimió los empleados inútiles, é hizo que se restituyesen al erario las sumas indebidamente tomadas de él. Volvió á Francia en 1714, lleno de gloria y de honores, habiendo premiado Felipe sus grandes servicios con una espada adornada de bri-